

Junta de evaluación

Camila Rossetti



Prólogo

Caminaban hacia el instituto con la resignación de quien avanza hacia una cita con sus propios fallos. La mañana era clara, pero a ellos les pesaba como si fuera lunes, aunque el calendario dijera otra cosa.

—Este trimestre me ha pasado por encima —dijo Dani—. Sobre todo, Biología. Abro el libro y parece que las palabras se reproducen.

—Yo en inglés —respondió Lucía—. Sé lo que quiero decir, pero cuando hablo sueno como una versión beta de mí misma.

Hablaron de exámenes que parecían trampas, de trabajos entregados tarde, de esa sensación de ir siempre un paso por detrás de lo que se espera. Ambos compartían una misma fatiga: la de intentarlo sin sentirse suficiente.

—Hoy van a hablar de nosotros en la junta —dijo Dani—. Me los imagino repasando nuestras notas como si fueran historiales médicos.

—“Tiene potencial, pero...” —citó Lucía—. Ese “pero” es como una puerta que no termina de abrirse.

El instituto ya se perfilaba al final de la calle cuando vieron a la pareja.

Discutían junto a la verja, con una intensidad que desentonaba con la calma de la mañana. Gestos tensos, frases cortadas, un reproche suspendido en el aire.

—Mira —susurró Dani—. Drama adulto.

Lucía observó con curiosidad distraída, hasta que la discusión, inesperadamente, se desinfló. Una pausa. Una mirada que se ablandó. Un suspiro. Y, de pronto, un beso breve, casi urgente, seguido de un abrazo largo, de esos que parecen cerrar una grieta invisible.

Al acercarse, reconocieron los rostros.

Dos de sus profesores.

Se miraron, incrédulos.

—¿Ellos? —murmuró Dani—. ¿En serio?

Lucía sintió una sorpresa que no era solo chisme, sino una especie de sacudida. Nunca los había imaginado juntos. En clase parecían pertenecer a mundos distintos, incluso a universos incompatibles.

—No me lo habría esperado jamás —dijo—. Para mí eran... normales. Separados. Profesores.

Dani soltó una risa nerviosa.

—Supongo que también tienen vida fuera de los exámenes... aunque cueste imaginárselo.

Siguieron caminando, con la sensación de haber visto algo que no estaba destinado a los alumnos: un fragmento de humanidad detrás de la pizarra, un secreto accidental que desmontaba la idea de que los adultos lo tienen todo ordenado.

Y mientras avanzaban hacia el instituto, pensaron que quizá aquel trimestre no solo había sido complicado para ellos, sino para todos. Incluso para quienes, dentro de unas horas, decidirán su futuro sentados alrededor de una mesa de evaluación.

Capítulo 1

La junta de los No dichos

La junta de evaluación estaba programada para durar lo justo: el tiempo razonable para repasar nombres, números y decisiones que fingían ser objetivas. Nadie esperaba épica. A lo sumo, un par de bromas, algún bostezo disimulado y el alivio colectivo de terminar antes de que se enfriara el café.

La sala de profesores olía a rotulador, a papeles recién impresos y a esa mezcla indefinible de cansancio y buen humor que se acumula a final de trimestre. Sobre la mesa, las actas aguardaban como documentos diplomáticos entre países que se toleran.

Laura Benítez entró con su carpeta bajo el brazo y una sonrisa de quien cree que todo problema es, en el fondo, resoluble. Miguel Aranda dejó la chaqueta en el respaldo de una silla y comentó, con tono ligero, que las leyes de Newton también se aplicaban a las evaluaciones: todo tiende a permanecer en reposo si nadie lo empuja demasiado. Clara Ríos sacó su portátil como quien despliega una brújula moderna. Óscar Valverde probó el proyector con un comentario técnico que sonaba a chiste. Marina Soler revisó su móvil por última vez, como si cerrara la puerta del mundo exterior. Javier Montes se sentó despacio, con la tranquilidad de quien ya ha vivido juntas peores, mejores y todas iguales.

Ricardo León organizó los papeles con la precisión de un director de orquesta que ensaya un concierto breve. Elena Cortés tomó asiento en la cabecera con esa autoridad serena que sugiere que todo está bajo control, incluso lo imprevisible.

A las cinco en punto, alguien dijo:
—Empezamos.

Nadie sospechaba que aquel orden aparente, tan pulcro y cotidiano, estaba a punto de estirarse como una tarde que se resiste a terminar, ni que las actas, aparentemente inofensivas, acabarían comportándose como espejos: devolviendo más de lo que se les había pedido.

Para todos, aquella iba a ser una junta normal.
Una de esas que se olvidan al salir por la puerta.

Capítulo 2

El peso de las actas

La junta de evaluación se había vuelto densa, casi física. El aire parecía cargado, como antes de una tormenta. Elena Cortés notaba el peso de todas las miradas, incluso cuando nadie la estaba observando directamente.

Sobre la mesa, las actas ya no parecían simples papeles. Eran sentencias blandas, decisiones envueltas en cifras.

Ricardo León hablaba con la voz baja, pero cada palabra tenía filo.

—Elena, necesitamos cerrar esto. El Ministerio no está pidiendo una sugerencia. Está esperando una respuesta.

Nadie respondió. El zumbido del proyector era lo único que llenaba el silencio.

Óscar se levantó, apoyándose en la mesa.

—A ver, ¿qué es exactamente lo que quieren? Porque yo sigo sin entenderlo. ¿De verdad todo esto gira alrededor de unas panderetas?

Clara cerró el portátil con un gesto brusco.

—No son las panderetas. Es lo que representan. Están usando eso como una excusa para clasificarlos. Para etiquetarlos.

Miguel asintió.

—Como si fueran productos defectuosos. “No cumple el estándar. Envíese al taller musical”.

Laura intervino con voz suave.

—No es solo eso. Los chicos están asustados. Lo noto en clase. No preguntan, no protestan. Solo esperan.

Javier, que hasta ese momento había permanecido en silencio, habló sin levantar la vista.

—Eso es lo peor. Cuando dejan de esperar algo mejor.

Ricardo suspiró.

—No tenemos margen para debates filosóficos. El sistema está encima de nosotros.

El teléfono vibró de nuevo sobre la mesa. Nadie lo tocó al principio. Sonaba como una alarma.

Finalmente, Ricardo respondió.

—Sí... sí, estamos en ello... No, todavía no... Entiendo... Sí... lo sé.

Colgó.

—Dicen que esta es la última junta “voluntaria”. A partir del próximo trimestre, las decisiones vendrán cerradas.

Elena sintió un escalofrío.

—¿Sin debate?

—Sin debate.

Capítulo 3

Sonidos de resistencia

La junta de evaluación se había alargado más de lo previsto. El reloj marcaba las seis y media, pero el ambiente en la sala era tenso, como si el tiempo se hubiera detenido y no pasará nunca. Nadie se atrevía a romper el silencio pesado que reinaba. Los profesores se miraban de reojo, pero no había miradas de complicidad, solo la incomodidad de las decisiones que ya estaban sobre la mesa.

Elena estaba agotada. Cada página que pasaba parecía pesar más que la anterior. Los rostros de los alumnos se reflejaban en las decisiones que tomaban: números y notas, pero también frustraciones, dudas y miedos. Sin embargo, por encima de todo, había una sensación de que nada de esto había sido realmente su elección. El sistema los había atrapado, y ellos no eran más que piezas en un engranaje que giraba sin piedad.

Fue entonces cuando Ricardo, con su habitual pragmatismo, rompió el silencio con una pregunta aparentemente inocente.

—¿Y qué hacemos con las panderetas?

La pregunta cayó como un jarro de agua fría sobre la sala. Los profesores se miraron entre sí, desconcertados. Nadie había mencionado las

panderetas hasta ese momento. De hecho, nadie quería hablar de ellas. Eran parte de ese programa institucional que parecía más un parche que una verdadera solución. Un símbolo de algo que no encajaba del todo, algo que muchos consideraban una broma de mal gusto.

—¿Las panderetas? —preguntó Clara, con una mezcla de incredulidad y cansancio en su voz. Su tono denotaba la misma frustración que todos sentían, pero que nadie se atrevía a verbalizar.

—Sí —respondió Ricardo, mirando las actas—. Los alumnos que no aprueban tienen que llevarlas, supuestamente como parte de una "adaptación". Pero, francamente, no tengo claro qué exactamente se supone que representan.

Miguel, siempre el más irónico, se recostó en su silla y soltó una risa seca.

—Bueno, por lo menos las panderetas suenan mejor que las actas.

El comentario, aunque cargado de sarcasmo, resonó en la sala con un eco de verdad. Las actas, esos papeles que definían el futuro de los estudiantes, parecían no tener alma. Pero las panderetas... las panderetas tenían sonido, ¿no? Algo que, de alguna manera, los hacía más humanos.

—No son solo panderetas —intervino Laura, su voz suave pero firme—. Lo que representan es mucho más grande. Nos están diciendo que nuestros alumnos son menos, que no encajan, que no cumplen con un estándar. Y las panderetas... son un recordatorio de eso. Un recordatorio que suena cada vez que alguien agita una de ellas.

Elena suspiró, mirando la caja que se encontraba sobre la mesa. La misma caja que había estado guardada en un rincón hasta ese momento. Los profesores estaban agotados, pero las decisiones seguían ahí, esperando ser tomadas.

—Nos están pidiendo que etiquetemos a los alumnos. Que los pongamos en una casilla y los clasifiquemos. Pero... ¿realmente esto ayuda a alguien? —preguntó Clara, su voz temblando levemente.

Miguel la miró, como si de repente la viera con una nueva perspectiva. La actitud de Clara había cambiado desde el inicio de la junta. Ya no era solo una joven profesora que se defendía de las reglas impuestas, ahora era alguien que cuestionaba lo que realmente significaba ser educador en un sistema que parecía olvidar la humanidad.

—A veces pienso que no estamos enseñando a los alumnos, sino a que se adapten a un molde —dijo Miguel, con su tono más serio de lo habitual.

—Y a veces, ese molde no encaja con todos —añadió Laura, mirando fijamente la caja.

Fue entonces cuando Dani entró en la sala, interrumpiendo el pesado silencio. No esperaba ver a los profesores reunidos a esa hora. El hecho de que estuvieran allí ya le decía algo sobre lo que había pasado durante la junta. Miró la caja de panderetas en la mesa, y sus ojos se entrecierran, no entendiendo del todo lo que estaba pasando.

—¿Eso es para nosotros? —preguntó, apuntando con el dedo a la caja.

Elena lo miró con una mezcla de cansancio y resignación.

—No necesariamente. Pero sí. Es parte de un programa para los que no han aprobado. El Ministerio lo exige.

Dani miró a su alrededor, buscando alguna señal de aprobación en los rostros de los profesores. Pero solo vio cansancio, duda, y una sensación de impotencia. Lucía entró justo detrás de él, y al ver la caja, su expresión se tornó aún más desconcertada.

—¿Panderetas? —preguntó ella, alzando una ceja.

Elena no respondió de inmediato. Parecía que, de alguna manera, las palabras se habían agotado, pero el sonido de las panderetas seguía flotando en el aire. Un sonido que ninguno quería escuchar, pero que todos sabían que debían aceptar.

Lucía, como si fuera un impulso, tomó una pandereta. La agitó, suavemente al principio, y luego con más fuerza. El sonido llenó el aula, claro y nítido, casi alegre en su simplicidad. Al principio, ninguno de los profesores reaccionó, pero el sonido fue como una pequeña chispa en la oscuridad.

—Suena bien —dijo Lucía, mirando la pandereta en sus manos, casi sorprendida por la ligereza de su sonido.

Dani, en un gesto de desafío, también tomó una. La agitó con más energía.

—Podríamos hacer algo con esto —dijo, casi sonriendo.

Alba, que estaba cerca, murmuró:

—Mi abuela tenía una. La tocaba en Navidad, para las canciones... ya sabes, cuando estábamos todos juntos.

La mención de la abuela, de ese pasado lleno de recuerdos, hizo que el ambiente cambiara. Algo en el aire se relajó. La caja de panderetas dejó de ser solo un símbolo de lo que el sistema les imponía, y empezó a transformarse en algo más: un canal para expresar lo que sentían, lo que no podían decir con palabras.

—¿Y si hacemos una banda? —propuso Lucía, levantando la pandereta como si fuera un micrófono. Era una idea ridícula, tal vez, pero también era su forma de reclamar algo más.

—La peor banda del mundo —bromeó Dani, pero en su tono había una aceptación que no esperaba.

—O la más sincera —intervino Alba, con timidez, pero con una pequeña chispa de esperanza en los ojos.

La pandereta, esa pequeña cosa que el sistema había usado para clasificar y etiquetar a los alumnos, se estaba transformando en algo más. No era un castigo. Era una oportunidad, un símbolo de resistencia. Y lo que había comenzado como una simple broma se estaba convirtiendo en un acto de desafío, en un canto a la resiliencia.

Laura, que había estado observando en silencio, finalmente intervino. — Quizá no sea un castigo si se convierte en una voz. —Dijo, con la mirada fija en la pandereta que Lucía sostenía.

Miguel, al escucharla, asintió. —Exactamente. Las panderetas no tienen que ser lo que quieren que sean. Podemos hacer algo con ellas, incluso si eso significa desafiar las expectativas.

Capítulo 4

La caja de las panderetas

La junta de evaluación llevaba ya más de una hora de retraso.

El reloj de la pared marcaba las seis y diez, pero nadie se atrevía a decirlo en voz alta. Sobre la mesa, los papeles empezaban a mezclarse. Algunos profesores habían cambiado de silla sin darse cuenta. El café se enfriaba en los vasos de plástico.

Elena Cortés observó la sala.

—Vamos a centrarnos —dijo—. Nos quedan varios alumnos y esto no puede eternizarse.

Ricardo León no levantó la vista de las actas.

—Ojalá dependiera solo de nosotros.

Miguel apoyó los codos en la mesa.

—Siempre depende de alguien.

Óscar soltó una sonrisa cansada.

—Si esto fuera una máquina, ya habría saltado el piloto rojo.

Clara cerró su portátil con un suspiro.

—No son piezas defectuosas. Son alumnos.

Laura pasó la página de las actas.

—Siguiente: Dani López.

Un silencio breve.

—Biología: suspenso —dijo Clara.

—inglés: suspenso —añadió Marina.

—Matemáticas: cinco justos —dijo Laura.

Miguel miró el conjunto.

—Alumno que necesita tiempo.

Ricardo respondió:

—Alumno que entra en el programa.

Nadie necesitó preguntar cuál.

La palabra “panderetas” flotaba sin ser pronunciada.

Llamaron a la puerta.

Nadie respondió al principio. Volvieron a llamar, esta vez con más insistencia.

—Adelante —dijo Elena.

Entró Paco, el conserje, con una bandeja de cafés.

—Refuerzos —anunció—. Porque esto va para largo.

Óscar levantó la mano.

—Salvador oficial del claustro.

Paco dejó la bandeja.

—Por cierto, hay una madre preguntando por la directora. Dice que es urgente.

Ricardo cerró los ojos un segundo.

—Perfecto.

Elena se levantó.

—Que pase.

La puerta se abrió antes de que nadie pudiera prepararse.

Entró una mujer con el abrigo puesto, la respiración acelerada.

—¿Quién es la directora?

—Yo —respondió Elena.

La mujer miró la mesa llena de actas.

—Mi hijo está en esa lista de las panderetas.

Silencio.

—¿Nombre? —preguntó Laura con suavidad.

—Álvaro Salgado.

Clara buscó en el listado.

—Sí... está aquí.

La mujer apretó el bolso con fuerza.

—Mi hijo no es un fracaso musical. Tiene ansiedad. Lleva meses sin dormir bien.

Miguel bajó la mirada y luego miró las panderetas sobre la mesa, un silencio cargado en el aire. "Esto es más que un programa," murmuró,

mirando a Laura. "Es la forma en que nos dicen que debemos clasificar vidas." Laura asintió lentamente, mirando la caja con una mezcla de frustración y tristeza.

"Sí, pero al menos hoy, por un momento, los chicos pudieron decidir lo que las panderetas significan. No es mucho, pero es algo," añadió Laura, mirando a los demás profesores.

Ricardo intervino:

—Señora, esto es un programa institucional...

—No me importa cómo lo llamen. Solo sé que lo están señalando.

Elena señaló una silla.

—Por favor, siéntese. Vamos a hablarlo.

Pero la mujer no se sentó.

El teléfono de Ricardo vibró sobre la mesa.

Esta vez nadie habló. Todos miraron el aparato como si fuera a dar una mala noticia incluso antes de contestar.

Ricardo respondió.

—Sí...

Pausa.

—Estamos reunidos...

Otra pausa.

—¿Hoy? ¿Ahora?

Colgó lentamente.

—Viene inspección.

Óscar dejó escapar una risa seca.

—Claro. Era el único ingrediente que faltaba.

Javier se acomodó en la silla.

—Esto ya no es una junta. Es una obra de teatro.

Quince minutos después, la puerta volvió a abrirse.

Entraron dos personas con carpetas.

Ricardo se levantó.

—Estamos en la junta de evaluación.

—Lo sabemos —respondió el hombre—. Por eso estamos aquí.

Se sentaron sin pedir permiso.

La mujer joven sacó una libreta y empezó a escribir.

El ambiente cambió de inmediato. Nadie bromeaba ya.

Elena respiró hondo.

—Seguimos. Lucía Herrera.

Clara habló primero.

—Biología: aprobado justo.

Marina:

—inglés: suspenso.

Miguel:

—Física: aprobado.

Óscar:

—Tecnología: sobresaliente.

El inspector levantó la vista.

—¿Por qué sobresaliente?

Óscar se encogió de hombros.

—Porque diseñó un dron funcional con piezas recicladas.

La inspectora dejó de escribir un segundo.

—¿De verdad?

—Sí.

Volvió a su libreta.

El inspector miró a Ricardo.

—Este tipo de disparidades son las que el programa pretende corregir.

Miguel se inclinó hacia delante.

—Corregir qué? ¿El talento?

Nadie respondió.

La madre seguía de pie.

Los inspectores seguían sentados.

Los profesores empezaban a mostrar cansancio.

Javier habló por primera vez en varios minutos.

—He visto pasar siete reformas educativas. Todas prometían soluciones definitivas.

Miró a los inspectores.

—Ninguna entendía a los chicos.

La inspectora joven levantó la vista.

—Quizá esta sí.

Javier sonrió con calma.

—Eso lo dirá el tiempo.

Un golpe en la puerta.

Esta vez fue más tímido.

—Adelante —dijo Elena.

La puerta se abrió apenas.

Era Dani.

Se quedó parado en el umbral.

—Perdón... Paco me dijo que estabais aquí.

Ricardo se tensó.

—Esto es una junta privada.

Dani asintió.

—Ya... pero es que... Lucía se ha ido.

Laura se levantó.

—¿A dónde?

—No lo sé. Estábamos ensayando y... se puso a llorar. Salió corriendo.

Clara se llevó la mano a la boca.

—¿Sola?

—Sí.

Un silencio pesado.

La madre miró a todos.

—¿Eso también entra en el programa?

Nadie respondió.

El reloj marcaba las siete menos cuarto.

La junta seguía abierta.

Las actas seguían sin cerrar.

Los inspectores seguían tomando notas.

La madre seguía allí.

Y ahora, también un alumno.

Elena se puso de pie.

—Vamos a hacer un receso de diez minutos.

Ricardo negó con la cabeza.

—No tenemos tiempo.

Elena lo miró.

—Entonces lo creamos.

Dani no esperó a que nadie añadiera nada más. Ya estaba fuera del aula antes de que Ricardo pudiera decir que aquello no era el momento.

El pasillo parecía más largo de lo habitual. Las luces blancas del techo hacían que todo se viera frío, casi hospitalario. El instituto sin alumnos tenía algo inquietante, como si respirara más despacio.

Empujó la puerta que daba al patio.

El aire de la tarde era más fresco de lo que esperaba.

Lucía estaba sentada en el borde de las gradas, con la espalda apoyada en la pared y la pandereta entre las manos. No lloraba ya. Sólo la sostenía, mirándola como si fuera un objeto extraño.

Dani se acercó sin decir nada.

Se sentó a su lado.

Durante unos segundos solo se oyó el ruido lejano de un coche pasando por la calle.

—No quiero que me clasifiquen —dijo ella al fin, sin mirarlo—. No soy un programa.

Dani tragó saliva.

—Yo tampoco.

Lucía giró la pandereta entre los dedos.

—¿Sabes qué es lo peor? Que al final te lo crees. Que si te ponen en una lista... igual es porque encajas ahí.

Dani negó con la cabeza.

—Lo de la banda no era broma.

Ella lo miró por primera vez.

—¿No?

—No. Si nos dan panderetas... pues hacemos ruido. Pero nuestro ruido.

Lucía dejó escapar una risa pequeña, cansada.

—La peor banda del mundo.

—O la más sincera.

El silencio volvió, pero ya no era incómodo.

Lucía apoyó la pandereta en el suelo.

—Vale —dijo finalmente—. Pero si hacemos esto... es porque lo elegimos nosotros.

Dani asintió.

—Siempre.

Se quedaron allí un minuto más. Sin discursos. Sin soluciones mágicas. Solo respirando.

Luego, cuando las luces del pasillo parpadearon anunciando el cierre automático, se levantaron.

No sabían si habían cambiado algo.

Pero al menos habían decidido no irse solos.

Mientras que, en la sala, Miguel tomó una de las panderetas que estaba sobre la mesa.

La agitó suavemente.

El sonido fue leve, casi frágil.

Todos se quedaron escuchándolo.

El inspector frunció el ceño.

—¿Eso forma parte del proceso?

Miguel lo miró.

—No.

Pausa.

—Eso es lo único que todavía no han conseguido controlar.

El sonido se apagó.

Y por primera vez en toda la tarde, nadie dijo nada.

La noche se había quedado pegada a las paredes del instituto como una capa fina de polvo. En el exterior, la calle estaba casi vacía, con ese silencio particular de los barrios escolares cuando ya no quedan ni alumnos ni padres esperando.

Dani y Lucía se habían despedido en la esquina, pero ninguno de los dos caminaba con la sensación de haber cerrado nada. Era más bien como si algo se hubiera abierto sin pedir permiso.

Dentro del edificio, sin embargo, las luces seguían encendidas.

En la sala de profesores, el aire estaba cargado de cansancio. Las sillas desordenadas, los vasos de café medio vacíos y las actas abiertas daban la sensación de un campo de batalla tranquilo, como si la pelea hubiera terminado sin que nadie supiera quién había ganado.

Miguel se estiró en la silla.

—No recuerdo una junta tan larga desde el cambio de currículo del noventa y ocho.

Javier sonrió.

—Esa duró tres días.

—No me lo recuerdes —respondió Miguel—. Aún sueño con las tablas de evaluación.

Óscar estaba de pie junto a la ventana.

—¿Sabéis qué es lo peor? Que al final parece que todo ha cambiado... y nada ha cambiado.

Clara cerró su portátil.

—Han aprobado.

—Sí —dijo Laura—. Pero no estoy segura de que eso sea lo importante.

Ricardo seguía mirando los papeles. No parecía satisfecho.

—El Ministerio no va a estar contento con el informe.

Elena dejó su carpeta sobre la mesa.

—El Ministerio no ha estado hoy aquí.

Ricardo levantó la vista.

—Pero vendrán.

—Entonces que vengan —respondió ella con calma.

Hubo un silencio breve. No era incómodo. Era el tipo de silencio que llega cuando todos están demasiado cansados para discutir.

Poco a poco, los profesores fueron saliendo.

Antes de salir del instituto, Miguel se giró hacia los demás profesores y dijo:

"A veces, la única victoria es sobrevivir. Y si podemos escuchar a los chicos, aunque sea por un minuto, tal vez estemos ganando algo."

Primero Marina, que se despidió con un gesto suave. Luego Clara, que prometió mandar unos informes pendientes. Óscar apagó el proyector como si fuera el último técnico de un teatro después de una función.

Al final, solo quedaron Miguel, Javier, Ricardo y Elena.

Miguel se levantó.

—Bueno. Sobrevivimos.

Javier asintió.

—Eso ya es una victoria.

Ricardo no sonrió.

—No estoy tan seguro.

Elena lo miró.

—Ricardo, hemos hecho lo correcto.

—Hemos hecho lo que hemos podido.

Se quedaron un momento en silencio.

—A veces es lo mismo —dijo Javier.

Ricardo recogió sus papeles sin responder.

Miguel se levantó y recorrió el pasillo. Las luces estaban encendidas, pero el instituto parecía otro lugar sin alumnos. Más grande. Más frío.

Al pasar por el aula de 4º J, se detuvo.

La puerta estaba entreabierta.

Dentro, sobre una mesa, había varias panderetas. Algunas apoyadas unas contra otras. Una de ellas estaba en el suelo.

Miguel entró.

El aula aún conservaba el eco de algo. Como si el sonido hubiera estado allí hacía poco.

Se agachó, recogió la pandereta del suelo y la hizo sonar con cuidado.

El tintineo fue breve.

—No está mal —murmuró.

—Nunca lo estuvo.

Miguel se giró.

Era Laura, apoyada en el marco de la puerta.

—¿Te has quedado también? —preguntó él.

—Necesitaba un minuto de silencio.

Miguel sonrió.

—Mala elección de lugar. Aquí ha habido bastante ruido hoy.

Laura miró las panderetas.

—¿Crees que ha servido de algo?

Miguel pensó unos segundos.

—No lo sé. Pero al menos hoy hemos escuchado a los chicos.

Laura asintió.

—Eso ya es mucho.

Hubo un silencio cómodo.

—Por cierto —dijo Miguel—. Tu defensa de Dani ha sido... valiente.

Laura se encogió de hombros.

—Es un buen chico. Solo necesita que alguien crea en él un poco más de lo normal.

Miguel la miró un segundo más de lo necesario.

—Ojalá todos hubiéramos tenido a alguien así.

Laura no respondió. Solo sonrió levemente.

Mientras tanto, Ricardo salía del edificio con paso lento.

En la puerta, encontró a la madre de Álvaro. Seguía allí, apoyada en la verja, como si no supiera muy bien a dónde ir.

—Señora Salgado —dijo él.

Ella se giró.

—¿Ya ha terminado?

—Sí.

—¿Y?

Ricardo dudó.

—Su hijo ha aprobado el curso.

La mujer cerró los ojos un instante. No sonrió. Solo dejó salir el aire.

—Gracias.

Ricardo asintió.

—Pero... el programa sigue adelante.

La mujer lo miró.

—Entonces esto no ha terminado.

—No.

Ella bajó la mirada.

—Mi hijo no necesita una pandereta. Necesita dormir ocho horas seguidas.

Ricardo no supo qué responder.

En el despacho de dirección, Elena estaba sola.

Revisaba los documentos del Ministerio. Las palabras parecían frías, impersonales.

“Programa de adaptación obligatoria.”

“Clasificación por rendimiento.”

“Aplicación inmediata.”

Cerró la carpeta.

Miró por la ventana.

El patio estaba vacío. Las farolas dibujaban sombras largas sobre el suelo.

En ese momento, oyó un sonido.

Suave.

Metálico.

Un tintineo breve.

Se levantó y salió al pasillo.

El sonido venía del aula de 4º J.

Al acercarse, vio la puerta abierta.

Dentro, Miguel y Laura estaban guardando las panderetas en una caja.

—Pensé que os habíais ido —dijo Elena.

—Ya casi —respondió Miguel.

Laura cerró la caja.

—¿Qué hacemos con ellas?

Elena se quedó pensativa.

Luego respondió:

—De momento... se quedan aquí.

—¿Como castigo o como instrumento? —preguntó Miguel.

Elena sonrió levemente.

—Eso dependerá de quién las toque.

Al salir del instituto, los tres coincidieron en la puerta.

La noche estaba tranquila.

No había alumnos, ni padres, ni inspectores.

Solo el sonido lejano de un coche pasando.

—Mañana será otro día —dijo Laura.

—Eso dicen siempre antes de otro problema —respondió Miguel.

Elena cerró la verja con la llave.

El clic del candado sonó definitivo.

—O antes de una solución —añadió.

Se quedaron un momento en silencio.

Luego cada uno tomó una dirección distinta.

El instituto quedó atrás, oscuro, como si durmiera.

Pero dentro, en el aula de 4º J, la caja de panderetas seguía allí.

Esperando.

Epílogo

Salieron del instituto cuando la noche ya había terminado de cerrar los pasillos, las ventanas y hasta las excusas. Las luces interiores quedaban atrás, encendidas como restos de una conversación que nadie quería continuar.

Caminaban despacio, agotados de cuerpo y de algo más difícil de nombrar.

—Vamos a titular —dijo Dani, con una voz que sonaba correcta pero cansada—. Supongo que es una buena noticia.

Lucía asintió, aunque la alegría no terminaba de aparecer.

Dani y Lucía caminaron juntos, pero esta vez no había la misma sensación de incertidumbre. A pesar de la presión del sistema, ambos habían encontrado una pequeña chispa de resistencia. Dani rompió el silencio:

"Quizá no hemos cambiado nada. Pero hoy, las panderetas significaron algo para nosotros."

Lucía lo miró, sonriendo levemente.

"Sí, y eso es lo que cuenta, ¿no?"

—Sí. Buena. Importante. Oficial.

Durante la junta habían escuchado más que veredictos sobre sus notas. Habían percibido miradas que se evitaban, silencios que pesaban más que las palabras, cambios de tono en frases aparentemente neutras. En algún momento, una broma demasiado tensa. En otro, un comentario que sonó a reproche antiguo. Más tarde, una pausa larga, una disculpa casi invisible, una complicidad reconstruida a media voz.

Nada explícito.

Pero suficiente.

—¿Te has dado cuenta...? —empezó Dani, sin terminar la frase.

Lucía lo miró.

—Sí.

Habían notado cómo algunos profesores defendían a otros sin decirlo. Cómo una mirada suavizaba una decisión dura. Cómo alguien bajaba la voz justo a tiempo. Cómo una discusión se cerraba con un gesto mínimo, casi doméstico.

—Creía que los profes lo tenían todo claro —dijo Dani—. Y hoy parecía que estaban tan perdidos como nosotros.

—O igual —respondió Lucía— solo son mejores disimulando.

Caminaron unos metros más. El cansancio era físico, pero también moral, como si hubieran asistido no solo a una evaluación académica, sino a un ensayo general de la vida adulta.

—Después de todo esto —murmuró Dani—, no sé si ha valido la pena tanto miedo, tanto esfuerzo... tanta presión.

Lucía tardó en responder.

—Quizá no se trata de si ha valido la pena —dijo al fin—. Quizá se trata de no desperdiciar lo que nos ha costado llegar hasta aquí.

Antes de separarse, Lucía recordó una frase que había escuchado en clase, pronunciada alguna vez con solemnidad y hoy con una resonancia nueva.

—Séneca decía: “*No es que tengamos poco tiempo, sino que perdemos mucho.*”

La frase quedó suspendida entre ambos, como una advertencia o como una promesa.

Luego se despidieron sin saber si lo que los unía —esa complicidad nacida entre nervios, cansancio y secretos observados— sería el inicio de una amistad más profunda...

o el comienzo lento de una distancia inevitable.

Capítulos

Capítulo 1	5
Capítulo 2	7
El peso de las actas	7
Capítulo 3	10
Sonidos de resistencia	10
Capítulo 4	15
La caja de las panderetas	15